

CACHIPORRO

Para mi abuelo, para Alma, Marian, Luna y Lucas, Kamilita, Danacha, Paula y Claudia, Patricia, Anita, Lucita, Betty, Jancito, Eselito, Daymelito y Titin, Yordangel y Ángel Jesús, Kipsi y Rubén Ernesto, Danielito y Mia, La niña de Marianao y Davisito, para todos los niños del aula de Alma, para los niños de mis amigos, para los de la familia, para los que están escuchando y para los otros también porque si no esta lista es más larga que el cuento.

Cachiporro era un perro flaco y viejo que para conseguir trabajo andaba por las calles pregonando

- ¡Se cuidan casas, se cuidan corrales!

Algunos que lo escuchaban comentaban al respecto:

- ¿Quién va a dar trabajo a un perro tan viejo y tan flaco que no puede ni con su alma, pa colmo medio ciego y lleno de pulgas? ¡Qué barbaridad!, esto mientras Cachiporro se alejaba en su pregón.

- ¡Se cuidan patios, se cuidan fincas, se cuida cualquier cosa!

Nadie le daba trabajo al viejo Cachiporro, fue así como se acordó de su amiga la Gallina Robusta, una a la cual le había salvado la vida en sus años de buen mozo, una vez que un zorro se la quería comer. Este buscó a su amiga la gallina y le pidió ayuda.

- ¡Ay, Cachi!, le dijo la gallina en tono de confianza, lo único que puedo hacer por ti, es regalarte unos granos de este maíz que mi dueño me da por las mañanas.

-Bueno miija, te lo agradezco, algo es algo, le dijo contento Cachiporro.

-Mira, se le ocurrió seguidamente a la gallina-- ves aquel pedazo de tierra de allá al lado de la cerca, al borde del camino; no es de nadie, planta los granos ahí.

De esta manera y con buen ánimo Cachiporro emprendió la labor, apartando piedras, arrancando hierbas, guataqueando desde tempranito y hasta tarde bajo el sol. Preparó todo el terreno dejándolo tan limpio como su corazón, allí sembró los granitos del maíz junto con la esperanza, la ilusión y la alegría. Para regar la siembra tenía Cachiporro que traer agua del río, el que le quedaba distante y cuesta abajo, se las agenciaba con dos cubos destartalados que se parecían a él. De vez en cuando pasaba algún curioso opinando de su faena, unos lo elogiaban, otros lo criticaban:

- ¡Cómo trabaja ese perrito, con lo viejo que es, ya quisiera yo!, decían unos.

- ¡Todo ese trabajo es por gusto, ahí no se da nada!, decían otros.

Un día, cuando el maíz estaba espigando, pasó el chivo y le dijo:

- ¡Oye Cachiporro, ¡qué bonito va ese maíz, yo me quisiera comer unos tamalitos de esos, porque la verdad que ese maíz está lindo, lindo! ¿Tú me vas a dar un poco, no es así?

- ¡Si mijo, sí! -- le dijo Cachiporro--cuando llegue la cosecha ven a buscar un tanto, y siguió desyerbando.

Otra tarde, acabando de regar, pasó su amiga la gallina por allí y le dijo:

- ¡Ay Cachi, ¡qué bien se dio el maíz que te di, se ve que es buena semilla! ¡Y qué buena tierra esta que te dije! ¡Qué buena idea se me ocurrió!, para festejarlo me comería un arroz amarillo con este maíz tuyo, porque me vas a dar un poco, ¿no es así?

- ¡Por supuesto amiga mía! ¿Quién mejor que tú?, cuando lo coseche el tuyo es el primero--le respondió alegre Cachiporro

Esbelto y altanero buscaba el maíz el cielo, reverdecía como esmeraldas a la luz cada vez que Cachiporro agua del río traía, tropezando a cada rato con bejucos y piedras, el perro flaco decía:

- Lo último es estar ciego, menos mal que olfato me queda todavía.

No faltaron ocasiones en que campanillas, cascabeles, sonajeros, tuvo que amarrarse en la cola para espantar pájaros atrevidos que, al maíz sin descanso, no le quitaban ni los ojos ni los deseos. Una de esas tardes se le acercó Zalamera, una puerquita rechoncha y campechana que le dijo:

- ¡Oiga compay Cachiporro, yo no sé desde cuando no me como una buena mazamorra, que es como le dicen al majarete allá de donde yo soy! Zalamera era su nombre y con qué cara de lástima y suspiros le decía. --Usted me va a regalar un poquitico pa yo darme ese gustico, ¿eh?

-Si mijita, no faltara más, ya falta poco pa la cosecha, pase por aquí.

-Falta poco pa la cosecha- escuchó Caballopinto del otro lado de la cerca, y ni corto ni perezoso al trote alegre se acercó:

-Oiga vecino- con voz de relincho le dijo- Ya que lo veo de buen ánimo déjeme decirle que yo espero que no solamente maloja deje para mí. Alguna mazorquita tierna me dejara usted, es que pa serle sincero- le decía en un susurro- ¡a mí el maíz asaó me mata, me mata!

--Bueno vecino, no se preocupe, siempre hay para más-respondía conforme Cachiporro.

Así que andando los días el de la cosecha llegó. No había recogido la primera mazorca cuando la voz del chivo se escuchaba:

- ¡Cachiporro, perro inmundo, ibas a recoger el maíz sin decirme nada, aquí te traigo el saco pa que me des lo que me prometiste! ¡Ay que rica se ve esta mazorquita! - y la echaba en el saco- ¡Y esta otra y esta otra y esta otra! ¡Pican, no pican, los tamalitos de Olga! -cantaba el chivo.

No se había alejado muchos metros el señor chivo con su carga y algunas mazorcas entre los tarros, cuando se escuchó el cacareo alegre de Gallina Robusta:

-Cachi mira el cesto de mimbre pa que me eches lo mío, hoy mismo estoy haciendo ese arroz que te dije. Orgullosa y complacida se mostraba la Robusta mientras Cachiporro agradecido, le llenaba su cesta hasta mas no caber. No alcanzaba a ver el camino por la carga, como no alcanzo a ver a Zalamera corriendo y jadeando sudorosa, para llegar a tiempo antes que Caballopinto que, aunque estaba más lejos, venía a todo galope.

Estaba satisfecho el pulgoso Cachiporro, había cumplido su palabra y ahora el maíz cortado en el suelo parecía un revoltijo de hilos dorados durmiendo en la tarde. Con las manos vacías, ya que ni siquiera una sola mazorca para el quedó, y con los ojos llenos, Cachiporro recordó. Recordó el peso de las piedras, sus gotas de sudor cayendo en la tierra labrada como diminutos frutos de cristal, recordó la raíz dura que le hizo derramar el agua unos pasos antes de llegar, se acordó de sí mismo cuando era apenas un cachorro juguetón y feliz y recordó lejano en el tiempo a sus padres hablándole de la importancia de compartir lo que se tiene con los otros. Así se alejó Cachiporro entrando en la noche con su soledad a cuestas, la guataca en su hombro le pesaba más que nunca, se metió en su casita oscura

con las orejas caídas y las tripitas sonando. Así entre la resignación y el cansancio, se fue adentrando en los sueños y entre dormido y despierto escuchó una voz que lo llamaba.

- ¡Cachiporro, Cachiporro, que clase harta e tamales me he dao mijo! -era el chivo que se acercaba pasándose una pata por la barriga.

- ¡Mira lo que traje, pa que los pruebes, pa que tu veas lo que son tamales ricos, con picantico y to como me gusta a mí!

En los ojos profundos de Cachiporro pareció encenderse una chispa de luz, todavía no salía del ensueño cuando reconoció el cacareo sonoro de la gallina que entraba a su casa cazuela en mano. - ¡Ay cachi, esto sí que es un arroz con maíz, deja que tu pruebes esto!

No había puesto aun la cazuela sobre la mesa Gallina Robusta, cuando estalla en el viento la voz chillona de Zalamera:

-Tenía el estómago pegao al espinazo, -decía, --¡Oiga compay Cachiporro, desde cuando no me comía una mazamorra así y con maíz tierno! ¡como debe ser, como debe ser!

Finalmente oliendo a humo, con la cara tiznada y las crines chamuscadas, se asoma Caballopinto por la ventana, trayendo una mazorca entre los dientes medio quemada y mordisqueada:

-Mire vecino, ¡un poquito más y no te dejo!,- rieron al unísono en una explosiva carcajada.

Fue así como la mesa de Cachiporro se fue colmando de los exquisitos manjares de la amistad, la casa se fue ensanchando e iluminando con la risa, con el fruto de su trabajo y con su buen corazón.

Franky Zaldívar Aguilera.

27 de septiembre 2020.